

gación, la lectura del libro puede requerir ciertamente una formación bíblico teológica previa; pero tal como se presenta el texto, aligerado con la introducción de abundantes notas a pie de página, se lee con facilidad y gusto. Sólo queda agradecer al autor esta importante aportación.

Gonzalo ARANDA

Aurelio FERNÁNDEZ, *¿Hacia dónde camina Occidente? Pasado, presente y futuro de la cultura del siglo XXI*, Madrid: BAC, 2012, 532 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1584-0.

La amplia producción de Aurelio Fernández se enriquece con esta nueva obra que el propio autor califica de *imposible*: «Este libro es un libro imposible, por eso lo titulamos con una interrogación, pues desconocemos el destino de Occidente» (p. XI). No es, creo, una pose de humildad la que muestran esas palabras, sino que reflejan la conciencia de la magnitud de la pregunta, tanta que la respuesta que se ofrezca no puede aspirar más que a la categoría de intento. La misma noción de Occidente, y no digamos nada de su historia, de su presente y de su futuro, desborda cualquier ensayo serio de afrontar la totalidad de lo que implican.

Desde el principio, el autor deja clara su convicción de que la cultura europea atraviesa un momento de grave crisis, y lo hace sirviéndose en diversas ocasiones a lo largo del libro de la imagen con la que Habermas se refiere a la misma cuestión: la situación de la cultura europea es la de un «descarrilamiento». Ante esta situación, el autor se propone reseñar algunos de los cambios que caracterizan la vida de los individuos y de la sociedad occidental, señalar algunas de las causas que están en su origen, valorar sus efectos e intentar ofrecer algunas pautas para aprovechar los datos positivos y aminorar los negativos. Todo ello lo aborda «con la convicción de un imposible» (p. XII). De paso, podemos ver en esos fenómenos una orientación para la «nueva evangelización». En efecto, la cultura de Occidente es la más afectada por la descristianización, y por ello la que de manera especial se ha de tener en cuenta para promover una renovación desde los valores del Evangelio.

Para empresa tan descomunal, Aurelio Fernández se sirve de la imagen, familiar para todo análisis histórico-cultural, de la cultura como un camino, lo cual le permite ordenar sus reflexiones en tres grandes temáticas: de dónde ve-

nimos, dónde estamos, hacia dónde vamos. A esas tres preguntas responde la parte central del trabajo que corresponde a los capítulos dos, tres y cuatro, respectivamente. Previamente expone en el capítulo primero «el guión de una crónica de la cultura de Occidente», desde su origen en el siglo VII a. C. hasta las corrientes filosóficas de la primera mitad del siglo XX. Finalmente, el quinto y último capítulo añade una nueva pregunta en la que entra claramente la libertad: «¿A dónde queremos llegar?», y es la ocasión para que el autor proponga su programa de acción si la cultura quiere salvarse del descarrilamiento total.

El lector de esta obra no puede menos de sentirse afectado por todo lo que en ella va apareciendo, tanto a nivel de los datos objetivos como por el análisis, la diagnosis y la prognosis del autor. Y no sólo afectado, sino también en un acuerdo sustancial que se extiende a tantos elementos particulares. Teólogo como es, Aurelio Fernández no se limita a una mera reflexión antropológico-cultural que estaría condenada a la insatisfacción si no se abriera a las dimensiones teológicas tanto de la historia de Occidente como del discurrir de la vida concreta de los hombres en todo tiempo. Entiéndase bien: no trata de ofrecer una visión teológica de la historia que sería de interés solamente para los cristianos, sino del sentido profundo –que no puede ser ajeno al cristianismo– que esa historia y esa cultura debe tomar en cuenta si se quiere comprender plenamente lo que ha sucedido, sucede y puede suceder en la cultura y en la sociedad occidental.

A lo largo de los capítulos aparece un notable despliegue de información sobre aspectos diversísimos. No es por ello una monografía en la que el autor hace gala de su capacidad de observación, de análisis, de relación o especulación a partir de algunos pocos datos elementales. En esta obra se encuentra continuamente el aporte de numerosos datos de diverso tipo a los que sigue la reflexión que esos mismos datos propician al autor. Podría alguien sospechar que en fondo hay una intención apologética que le lleva a presentar la cara más favorable de esos datos para su interpretación cristiana de las cosas. No me cabe duda de que la defensa de la visión cristiana del hombre y de la sociedad no le es ajena –es imposible que le sea– al teólogo asturiano (como no le es a cualquier autor la defensa de su particular posición o visión de las cosas). Pero se advierte pronto que en este caso, no se busca la apología directamente, sino sólo la que brota de la verdad; por ello reconoce limitaciones y errores en algunos modos de proceder que se han dado al interior de la Iglesia (pp. 454-464), sin que eso sea motivo para que se vea debilitada de ningún modo la fuerza regeneradora de la fe cristiana.

¿Cómo se refleja en el libro la «imposibilidad» que el autor atribuye a esta obra? Ante un panorama prácticamente ilimitado como el que entra en el objetivo marcado por el título, resulta inevitable elegir entre seleccionar algunos momentos o personajes esenciales de la cultura occidental, u ofrecer el mayor número de elementos para que sea el lector quien juzgue más por sí mismo. En esta obra se ha elegido la segunda opción, y así por sus páginas van apareciendo multitud de personas, documentos, obras, sucesos, informaciones... El precio que se paga, inevitablemente, es la imposibilidad de profundizar en muchos de ellos, para lo cual sería necesario no un volumen sino muchos para dar suficiente cabida a todo lo que es relevante. El ejemplo más claro de esto es el capítulo I (de lo cual es consciente el propio autor). Tratar en apenas 80 páginas de lo sucedido en veintisiete siglos de cultura occidental, desde el inicio de la cultura griega hasta la teología católica de la primera mitad del siglo XX, es un reto para la capacidad de síntesis del autor, pero no puede satisfacer al lector informado de estas cuestiones, también porque en esas condiciones es imposible no simplificar excesivamente algunos temas. En un grado menor, algo de esto sucede también con los capítulos II y III.

Para responder a «¿De dónde venimos?» (capítulo segundo), la opción del autor es presentar una síntesis del pensamiento de diez autores de diversa importancia (Fromm, Gehlen, Peccei, Lorenz, Lyotard, Servan Schreiber, Morin, Toffler, Habermas y Vattimo) seguidos de un panorama sobre el pensamiento católico. Pero en tan sólo cien páginas, no se puede decir demasiado sobre todo ello. En el tercer capítulo, no son ya las personas sino los grandes problemas de nuestra época: la cultura, la técnica, los medios de comunicación social, la economía la educación, el matrimonio y la familia, las concepciones morales, etc. El autor hace atinadas observaciones sobre todas estas materias, pero la brevedad del tratamiento invita inevitablemente al lector a matizar en uno u otro punto.

En mi opinión, el capítulo IV es el más logrado de todos (seguido por el V). A la pregunta «¿Hacia dónde vamos?» la respuesta viene en la segunda parte del título: «El hombre, reencuentro de Occidente consigo mismo». Es decir, es necesario mirar al hombre, retornar a la antropología para encontrar ahí los resortes que permitan superar el descarrilamiento de la cultura de Occidente. En las páginas de este capítulo, el autor se adentra en las diversas cuestiones implicadas en la antropología tanto a nivel de concepciones del hombre como de la propuesta positiva de qué es en realidad el hombre. Examina con dominio de las cuestiones las opiniones materialistas en sus diversas

formas actuales (el hombre entendido como materia, como conjunto de genes, como simple animal) de las que realiza una crítica fundada y convincente. A continuación expone las características fundamentales del hombre: la racionalidad, la sociabilidad, la eticidad y la apertura a la trascendencia.

En el último capítulo, el autor deja claros cuales son los caminos para remontar la crisis. Es en este lugar donde aparecen de manera más patente las dimensiones religiosas –positiva o negativamente– de la situación actual. Con toda claridad manifiesta su opinión de que la crisis cultural actual en Occidente –que es una crisis poscristiana y beligerante contra fe católica y directamente contra su Fundador– es grave y profunda, y si no se pone remedio está abocada al naufragio. Esa cultura debe recuperar las raíces que la han nutrido, y particularmente su matriz cristiana que recoge la herencia griega y romana. Para ello, señala algunos campos en los que la acción es urgente: recuperar a Dios, aceptar a Cristo como camino de salvación, contar con la Iglesia que ofrece la salvación. Ello exige responder adecuadamente hasta superar el laicismo, asumir los nuevos valores emergentes (sensibilidad por la justicia y por la solidaridad, sentido de libertad social y política, el papel de la mujer, etc.), evitar los errores del pasado, recuperar la razón y el amor a la verdad, así como el liderazgo ético y prestar atención esmerada a la educación, a los medios de comunicación social, al matrimonio y a la familia.

En algún momento, el autor se «acusa» de ofrecer una visión negativa (p. 498). No creo que lo sea porque simplemente pone de manifiesto lo que está pasando, y lo que está pasando es preocupante. Si no se recupera la verdad frente al relativismo que todo lo disuelve, el sentido del bien y del mal morales consecuencia de un orden moral objetivo, la trascendencia de la realidad y la apertura a Dios y una antropología completa, no se puede ser optimistas sobre la capacidad de regeneración de Occidente, de volver al «encarrilamiento» de la cultura y de mirar el futuro con esperanza. La reflexión de Aurelio Fernández toca muchos aspectos en los que se palpan las consecuencias de la pérdida de identidad de la cultura de nuestro tiempo, y el lector se siente en muchos momentos perfectamente interpretado por sus apreciaciones y juicios sobre nuestro acontecer social y cultural.

Para una futura edición, será necesario revisar cuidadosamente el texto para corregir las no escasas erratas. Señalo solamente unas pocas que me parecen más significativas. Alfonso XI (p. 271) debe ser Alfonso XII, así como donde se dice Benedicto II (p. 343) debe decir en realidad Benedicto XVI. En la página 246 (nota 107) se da la cifra de 19 millones de musulmanes que es

claramente errónea. El título de la obra de Dawkins citada en p. 390 es *The God delusion*, en lugar de *desilusion*.

Es de desear que esta obra se difunda lo más posible porque contribuirá sin duda a sacudir la tranquilidad con la que quizás estamos asistiendo a nuestra propia decadencia y desintegración cultural: solamente si nos hacemos cargo de cómo están las cosas, podremos empeñarnos en la gran empresa de renovar y quizás crear la cultura de Occidente. De ese modo, lo que el profesor Fernández nos ofrece acaba convergiendo con el empeño de la Iglesia por la «nueva evangelización». Al presentar la cultura más afectada por la descristianización, que es la de Occidente, conocemos mejor el campo donde sólo habrá renovación cultural y social si de nuevo se abre a la fe cristiana que ha estado siempre en sus raíces.

César IZQUIERDO

Arturo BELLOCQ MONTANO, *Doctrina Social de la Iglesia. Qué es y qué no es*, Valencia-Roma: EDICEP-EDUSC («Collana MCEbooks 2»), 2012, 537 pp., 16,5 x 23,5, ISBN 978-84-9925-093-9.

Uno de los debates más característicos de las últimas décadas en el seno de la moral social (MS) ha sido, y en parte continúa siendo, la cuestión del estatuto epistemológico de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). De hecho, actualmente la integración de la DSI en el conjunto del mensaje cristiano está siendo objeto de estudio específico por parte de la Comisión Teológica Internacional.

Para algunos autores la DSI constituye una disciplina específica dentro de la teología moral; para otros forma parte de la teología moral pero no constituye una disciplina específica; otros van más allá y consideran que constituye una disciplina propia pero más amplia (integrando teología moral, antropología teológica, filosofía, ciencias sociales, etc.); otros estiman la DSI como el magisterio en el campo de la moral social, que ejercita una función semejante a la que realiza en otros campos de la teología; y otros, en fin, la encuadran en el ámbito de la teología pastoral.

El libro que presentamos es un amplio trabajo sobre este debate y es la tesis doctoral del a., que es profesor de teología moral en la Pontificia Università della Santa Croce (Roma).